PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA
JUVENIL
MANERAS
DE VIVIR
LUIS LEANTE
edebé

periscopio

MANERAS DE VIVIR

PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA JUVENIL

LUIS LEANTE

MANERAS DE VIVIR

PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA JUVENIL

Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Juvenil según el fallo del Jurado compuesto por: Sr. Javier Brines, Sra. Paula Jarrín, Sr. Óscar López, Sra. Rosa Navarro Durán y Sra. Care Santos. Actuó como secretaria del Jurado la Sra. Elena Valencia.

© Luis Leante, 2020
Autor representado por la Agencia Literaria Carmen Balcells.

© Ed. Cast.: Edebé, 2020
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Diseño de la colección: Book & Look
Fotografía de cubierta: Shuherstock / Harry Kasyanov

1.ª edición, marzo 2020

ISBN: 978-84-683-4883-4
Depósito legal: B. 1075-2020
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A Candelas

Prólogo

Samarkanda es el nombre de una tienda de discos de vinilo que había no hace mucho tiempo en Alicante. Por supuesto, también es el nombre de una de las ciudades más bellas y antiguas del mundo.

Pero Samarkanda es, además, el nombre de un grupo de *rock* de los años 90 del siglo pasado. Desde su origen, sus componentes han ido cambiando y el grupo ha evolucionado, a pesar de que en algún momento estuvo a punto de desaparecer. Las letras de las canciones de Samarkanda fueron una mezcla de poesía y arte callejero, pero sus raíces están en el *rock*.

La primera vez que vi actuar a Samarkanda fue en agosto de 1992, en el estadio de fútbol Vicente Calderón de Madrid. Fue un concierto memorable en el que actuaron media docena de grupos. El plato fuerte fueron Samarkanda y Rosendo Mercado. Cómo olvidar aquel concierto. Por aquella época yo todavía soñaba con ser crítico musical y publicar reseñas y entrevistas en la revista *Rolling Stone*. Después la vida me llevó por otros caminos y, aunque mi trabajo siempre ha estado relacionado con la escritura, nada de lo que he publicado en este tiempo tiene que ver con la crítica musical y apenas con el periodismo. Pero eso es otra historia, o a lo mejor no lo es y todo forma parte de la misma historia.

Samarkanda, con dos discos publicados ya en 1992, se había convertido en un referente musical y tocaba

en los festivales más importantes del país. Tenía tanta fuerza que sus canciones terminaban sirviendo de inspiración para otros grupos. Sus letras eran magistrales. El guitarrista y cantante del grupo se llamaba Jimi, y cuando lo vi por primera vez en el escenario me pareció el hombre más feo del mundo. Era realmente feo, pero derrochaba un torrente de voz que ponía los pelos de punta y elevaba la temperatura en el estadio.

Jimi era como un terremoto en el escenario. Tenía entonces veintidós años y ya había dejado de ser una joven promesa. Con su fuerza y su magnetismo llegaba a anular en algunos momentos al resto de la banda, que se hacía invisible. Se movía de un lado a otro del escenario como si tuviera alas. Saltaba, cantaba y rasgaba la guitarra con una energía brutal. Todo a la vez. De todos los músicos que he visto actuar en directo a lo largo de mi vida, no hay ninguno que se pueda comparar con él. Desde aquel lejano verano de 1992 me convertí en un seguidor incondicional de Samarkanda y, sobre todo, de Jimi, su líder.

El final de aquel concierto fue apoteósico. Jimi y Rosendo subieron juntos al escenario y cantaron la mítica canción *Maneras de vivir,* que con el paso de los años se convirtió en uno de los diez mejores temas de *rock* de todos los tiempos, casi un himno. Todavía me parece escuchar el griterío y los aplausos del público, que se prolongaron cuando los artistas habían bajado ya del escenario y quizás incluso habían abandonado el estadio.

Vi a Jimi y a su banda cinco o seis veces más en los años siguientes. Y nunca me decepcionaron. Compré

los cuatro discos que sacaron en la década de los 90. Me convertí en un seguidor incondicional.

Después no sabría precisar qué fue lo que ocurrió para que les perdiera la pista. Muchas de las bandas de *rock* que me gustaban desaparecieron o se reconvirtieron en otra cosa que ya no tenía la misma autenticidad. Y Samarkanda se descolgó de la primera línea de los grupos que pegaban fuerte. Eso fue más o menos a finales de siglo. Y llegué a pensar que Samarkanda se había disuelto. No diré que me olvidé de ellos, pero mi entusiasmo perdió fuerza. Es verdad que de vez en cuando escuchaba sus discos en casa, con cierta melancolía, pero al final los nuevos grupos fueron haciéndose un hueco en mi estantería y los discos de Samarkanda pasaron a la parte más alta del mueble, aquella a la que casi nunca llegaba.

Sin embargo, Samarkanda no se había disuelto. El grupo siguió tocando y sobreviviendo a duras penas, pasados de moda y olvidados por la mayoría del público. Sus conciertos ya no eran en grandes estadios ni en salas importantes, ni participaban en festivales. Tocaban en locales pequeños, la mayoría de Madrid. Muy de vez en cuando actuaban en Bilbao o Barcelona, donde tampoco llenaban.

Durante aquel tiempo pasaron muchas cosas y se fueron encadenando varias casualidades hasta llegar a este punto. Empecé a publicar novelas, me fui a vivir a Alicante y descubrí que Samarkanda se había convertido en un grupo musical de BBC (Bodas, Bautizos y Comuniones). Además, ya no tocaba ninguno de sus miembros originales, ni siquiera Jimi, que se había hecho mánager y técnico de sonido.

No recuerdo exactamente cuándo volví a tener noticias de Jimi. Eso debió de ser hace diez o doce años. Lo que sí recuerdo es que fue a través de la prensa local como me enteré de su detención en Altea, del juicio y de los años de cárcel que le cayeron. No hace falta decir que aquella noticia me impactó. Después no supe nada más del asunto, aunque de vez en cuando me venía a la cabeza.

Hace un par de años, cuando aquello había quedado ya atrás, casi olvidado por mi parte, me tropecé con la noticia del secuestro y toda aquella historia tórrida en la que se vieron implicados Jimi y su familia. Y por eso supe que Jimi llevaba años viviendo en Alicante, desde que salió de la cárcel. No fue difícil dar con él. A través de Internet y las redes sociales averigüé que Jimi tenía una tienda de discos de vinilo que se llamaba Samarkanda —no podía ser de otra manera— en la calle Quintana. Me sorprendió que aún se siguieran vendiendo discos del siglo pasado, pero lo cierto es que hay muchas personas que prefieren aquellos sonidos «imperfectos». Al enterarme, sufrí una crisis de nostalgia, rescaté del trastero el tocadiscos y escuché de nuevo los sonidos de juventud que ya tenía olvidados.

El resto de la historia ocurrió de forma natural. Un día decidí pasarme por la tienda de discos. En el escaparate había un cartel que decía «TIRAMOS LOS PRECIOS POR TRASPASO DEL LOCAL». Sentí una punzada en el estómago. Lo primero que pensé fue que las cosas no le habrían ido bien a Jimi. Estuve a punto de darme la vuelta y seguir mi camino, pero, por suerte, no lo hice. Si me hubiera marchado, ahora no estaría contando esta

historia. Cerré los ojos, empujé la puerta y allí estaba Jimi detrás del mostrador, con unas gafas de leer que sostenía en la punta de la nariz y con mucho menos pelo que veintitantos años atrás. Pero era inconfundible. Lo habría reconocido en cualquier parte en que me lo hubiera cruzado.

—¿Qué tal te va, Jimi? —le saludé desde la misma puerta.

—Muy bien, ¿y a ti?

—Todo bien —le respondí.

—Perdona, a lo mejor nos conocemos, pero no te sitúo ahora mismo.

—No, no podrías situarme. Yo sí te conozco desde hace años, pero tú no me habías visto antes. —Me acerqué al mostrador, le tendí la mano y le dije mi nombre—. Soy un incondicional tuyo desde que te escuché por primera vez en el Vicente Calderón en el 92, aunque ya tenía dos discos vuestros.

Jimi se quitó las gafas de leer y me miró de arriba abajo.

—Vale, tío —me dijo sin dejar de sonreír, y luego me mostró el brazo y añadió—: mira, se me han puesto los pelos de punta al oírte decir eso así con tanta contundencia. Menudos tiempos aquellos.

Le conté que tenía todos los discos del grupo y que había ido a varios conciertos después de la mítica actuación con Rosendo. Luego seguimos hablando como si nos conociéramos realmente desde aquella época.

Mientras Jimi me resumía apresuradamente cómo habían sido los últimos años, se abrió la puerta y

entró un chico. Calculé que tendría unos quince o dieciséis años.

—Ven, Manu, quiero que conozcas a un amigo.

Me emocionó que me presentara como un amigo, esa es la verdad. Manu me dio la mano con timidez y balbuceó algo. Se había sonrojado y me miraba con curiosidad.

—Ya lo conozco —me dijo con voz apagada.

—¿En serio?

—Sí, en clase hemos leído un libro suyo y vino un día a hablarnos de él.

Entonces fui yo quien se sonrojó. Intenté identificar aquel rostro entre cientos de rostros de adolescentes a los que había visto en los últimos tiempos. Pero ni siquiera sabía en qué instituto estudiaba Manu.

—Lo siento, Manu, pero es del todo imposible que me acuerde.

—Ya lo sé, es más fácil que me acuerde yo —dijo sonriendo por primera vez.

La visita terminó enseguida porque no quería hacerme pesado. Sin embargo, en los meses siguientes estuve yendo a la tienda casi todas las semanas. Y si lo hice fue porque me pareció que Jimi se alegraba de verme y le gustaba recordar viejos tiempos conmigo. Cada vez que veía el cartel de traspaso en el escaparate, me invadía una sensación de tristeza.

—Malos tiempos para el vinilo —le comenté en una ocasión a Jimi.

Él me miró y, sin sombra de nostalgia, me dijo:

—No creas. Hay mucha gente que añora aquellos sonidos. Y las ventas suben un poco cada año.

—¿Entonces por qué dejas el negocio?

—Porque no me gusta estancarme. Rosa y yo vamos a hacer un viaje que le prometí. Rosa es mi mujer. Y después seguiremos con el negocio, pero a través de Internet. Hay que adaptarse a los nuevos tiempos.

Dos meses después, la tienda de discos cambió de dueño y de nombre. La noche en que Jimi entregó las llaves a su nuevo propietario organizó una fiesta en su casa. Para entonces yo me sentía ya parte de la familia de Jimi, que no solo eran Rosa Winchester, Manu y Luna, sino también el Mono, la Flaca y su hijo Nacho. Esa noche estuvieron todos.

Fue una fiesta sin nostalgia, mirando al futuro más que al pasado. La única que parecía algo afectada era Rosa Winchester. En uno de los brindis me pareció que se le quebraba la voz y los ojos se le humedecían.

Era ya tarde cuando pensé que aquello no podía terminar así. Los miré a todos, uno por uno, y les dije:

—Me gustaría escribir vuestra historia.

Se hizo un silencio expectante.

—¿Nuestra historia? —preguntó, extrañado, Jimi después de mantener los ojos clavados en mí durante unos segundos.

—Sí, la de Samarkanda, la de vosotros. Me encantaría escribir un reportaje sobre todo esto.

—¿Y por qué no una novela? —preguntó Rosa.

—Bueno, las dos cosas. Yo creo que a la gente le gustaría conocer vuestra historia.

—¿Tú crees? —insistió Jimi.

—A lo mejor es una buena idea —dijo Luna.

—Pues claro que es una buena idea —la apoyó Manu, que había estado callado la mayor parte de la noche.

—Pero necesitaré vuestra ayuda para escribirla.

—Cuenta con ello —aceptó Jimi.

En ese momento empecé a improvisar mi plan de trabajo. Les propuse hablar con ellos por separado para que me contaran lo que quisieran. Lo demás correría de mi cuenta.